

« los hábitos, profesión que desaparece ante la civilización como el nenúfar y los hongos ante el cultivo, era la de los abates, que inspiraron tantas sátiras y canciones, objetos de curiosidad, de admiración, de pasatiempo para el bello sexo, que les consideraba con tanta atención y maravilla como consideran los jóvenes botánicos aquella planta singular que se llama mandrágora. »

Esperamos que se nos perdonará el habernos detenido en estas frívolas particularidades que reflejan la vida de nuestros padres, ocupada en estas y otras cosas de la misma importancia. Parini hace mas elegantes, pero no ménos ingeniosas observaciones.

CAPÍTULO XXV

Portugal.

Juan V. Juan V despues de la guerra de Sucesion española, que le valió la Colonia del Sacramento, permaneció treinta y siete años en paz; bastante separado para no verse obligado á mezclarse en los frívolos asesinatos con los cuales los reyes ensangrentaban la Europa. Solo cuando España arrestó algunos malhechores en el palacio del embajador portugues en Madrid y se negó á dar la debida satisfaccion, le declaró la guerra, en la que no solo las fronteras, pero las colonias, peligraron, y se hizo muy difícil un arreglo. Desgraciado imitador de Luis XIV, su fausto no era ventajoso sino para los Ingleses y los Franceses, de quienes dependia el país aun en lo relativo á los artículos de primera necesidad, y el reino se empobrecia á pesar de tener riquísimas colonias. Gastó sumas inmensas para obtener el título de *Majestad Fidelísima* y establecer en Lisboa un patriarca legado á *latere*, con supremacía sobre los obispos de Portugal y de las Indias; y habiendo conseguido este objeto, por decoro del patriarca estableció setenta canónigos mitrados, cada uno con 5,000 cruzados de renta, y dicen que durante su reinado salieron de Portugal para Roma 500,000,000 de francos. Dilapidador clerical en medio de dilapidadores soldadescos.

1673-1743.

Juan, sencillo y toscó á pesar de tanto lujo, reconvenia á sus ministros á palos; refrenó al Santo Oficio que todavía en 1745 celebró un auto de fe en que pereció el poeta dramático Antonio José, y fué amante de la justicia y del pueblo, el cual le amaba tambien por sus mismos defectos. Fundó la Academia portuguesa, que adelantó poco á pesar de tener por presidente el mas ilustre literato de la época, Francisco Javier de Meneses, conde de Ericeyra, autor de la *Enriquêda*, compuesta con todas las condiciones necesarias para formar un poema, ménos el genio. Tambien se fundó otra para que reuniese materiales para la historia de cada obispado y de todo Portugal, con cuyo objeto se debatieron cuestiones importantes; y el rey

tomaba parte en ellas, y los Jesuitas llevaban la parte principal. Atacado de apoplejía, puso Juan el cuidado del gobierno en manos del padre Gaspar, capuchino de la ilustre casa de Govea, excelente hombre, pero no para gobernar un reino. El país quedó entonces á la ventura, la gente se dió al ocio, á la indigencia, al abandono ó suciedad, contenta con desfogar su actividad en venganzas particulares; y cuando murió Juan, aquel que habia sido rey de uno de los países mas ricos del mundo, el que habia fabricado el acueducto de Lisboa y el palacio de Mafra, no se le encontró dinero bastante para hacerle las exequias.

Su sucesor José, que habia vivido hasta los treinta y cinco años en la ignorancia, tomó por ministro á Sebastian José Carvalho-Melho, conde de Ocyras (luego marques de Pombal), que pronto lo dominó y se propuso restaurar el país. El infante Don Francisco se habia puesto al frente de una tropa de valientes por los cuales tenia gran preponderancia en la ciudad; otra capitaneada por otros señores se le oponia y le imitaba, por lo que no pasaba noche sin alguna violencia y aun sangre. Carvalho, de contextura vigorosa y robusta, se unió con un amigo para combatir á estos y trató de sostener el órden con el desórden. Aunque de escasa educacion, adquirió en sus viajes experiencia de gobierno y de política, conoció á los filósofos, y por el tono de seguridad en que hablaban aquellos reformadores, se persuadió de que para crear ciudadanos, gobierno, Estado, espíritu público, bastaba escribir sobre el papel una constitucion. Por tanto lanzó al rey en la carrera de las innovaciones con un ímpetu semejante á la violencia.

Parecióle que ante todo necesitaba quitar de en medio á los Jesuitas, contra los cuales descargó primero el golpe mortal, y humillar á los nobles que lo trataban con orgullo por no ser de la primera nobleza, no obstante que era de familia ilustre y estaba casado con una señora de altísimo linaje (Árcos). Ellos lo acometieron con toda clase de armas, hasta con las del ridículo; pero Pombal toleraba estos ataques y seguía dictando vigorosas medidas; hizo que volyiesen al fisco muchas posesiones en Asia y en África, adjudicadas á familias de los reyes precedentes; puso obstáculos á los matrimonios entre los hidalgos; negó á los hijos los títulos de los padres; prohibió á la Inquisicion ejecutar ningun suplicio sin aprobacion del rey, y le quitó los registros de las personas condenadas por ella, de los cuales pudiera venir infamia á la prosperidad; suprimió la distincion entre Cristianos viejos y nuevos; combatió de todas maneras contra la jurisdiccion romana; rasgó la bula *In vana Domini*, limitando á las cosas del dogma la dependencia del clero respecto del jefe supremo de la Iglesia; restringió la facultad de adquirir que tenian las manos muertas, y reprodujo cuanto Sarpi y Giannone habian dicho contra la potestad eclesiástica.

1750, 31 de julio

José.

Pombal, 1639-1782.

Reformó la universidad de Coimbra, dando preferencia á las ciencias matemáticas é invitando con cátedras en ella á sabios ilustres de Italia y de Irlanda; fundó tambien el colegio de nobles con los bienes que habia tomado á las congregaciones, dotó hospitales y escuelas, y pensó en instituir en Mafra una órden rival de la de los padres de San Máuro. Ayudáronle á plantear sus proyectos la tentativa de asesinato contra el rey y el tribunal de *Sospechosos* (1) entonces instituido, misterio de iniquidad que basta para infamarlo.

Terremoto de Lisboa.

El día de todos los Santos de 1755, un horroroso terremoto se sintió en un espacio cuatro veces mayor que toda Europa, en los Alpes, en las costas de Suecia, en las Antillas, el Canadá, en Turingia y en las playas del Báltico; muchos rios variaron su curso; las fuentes termales de Toplitz se secaron, luego refluyeron con un color de ocre ferruginoso é inundaron la ciudad: en Cádiz el mar se alzó veinte metros sobre su nivel ordinario: en las pequeñas Antillas donde la marea no es mas que de 75 centímetros, se elevó á mas de siete metros; las dos terceras partes de los edificios de Lisboa, y quince mil (algunos dicen que sesenta mil) habitantes, pasaron de las ocupaciones domésticas á la sepultura ántes que á la muerte. El mar subió seis pies sobre el nivel de las mas altas mareas, hizo naufragar buques, derribó edificios, destruyó las provisiones y los campos; los incendios excitados por la lumbre que habia encendida en las casas y que ninguno podia pensar en apagar, hicieron mas triste el espectáculo de tantas ruinas, y lluvias extraordinarias aumentaron el número de enfermedades y de muertes entre los que sobrevivieron al desastre y que con la corte se habian refugiado en el campo. Otras ciudades padecieron tambien, principalmente Coimbra y Braga, y Setubal quedó sepultada con todos sus habitantes.

Pombal en el remedio de estas desgracias mereció una gloria inmaculada; pero en punto á la regeneracion del país obró sin concierto ni prudencia, como era de moda. Vacilante en la política, deseoso del bien pero sin comprender dónde estaba; si en Francia lo exaltaron hasta las nubes atendiendo á las ideas y no á los hechos, estos lo muestran animado de odios y avaricia, aspirando á consolidar el despotismo por medio de calumnias y del terror, minando por su base las instituciones y las creencias nacionales, y preparando de este modo el desórden moral, miéntras trataba de remediar el material. Sucedióse entonces rápidamente unas á otras muchas órdenes minuciosísimas sobre la venta de las castañas, sobre la forma de los billetes de posta, sobre la siembra de granos, sacrificando las vides aun donde este sacrificio no convenia, sin admitir consejo ni sufrir contradicciones, sin esperar la obra del tiempo, sin hallarse en estado de sostener la discusion

(1) Véase lo anterior, pág. 96.

T. VI.

sobre estas medidas. Todo queria innovarlo, con lo cual pudo llenar de riquezas á su familia y satisfacer sus pasiones rencorosas. Favoreció la marina, pero despreció los ejércitos de tierra porque no tuviesen ventaja alguna los nobles; humilló á estos al paso que anhelaba emparentar con ellos; expulsó á los Jesuitas y conservó á los Mendicantes; abolió el estanco del tabaco y estableció el de la sal; hizo traducir á Voltaire, Rousseau y Diderot y quemar á Raynal; aplaudió las nuevas doctrinas y prohibió toda clase de periódicos en Lisboa, no consintiendo el correo mas que una vez á la semana; refrenó la Inquisicion y despues le dió el título de majestad, á fin de valerse de ella para sus venganzas, y nombró inquisidor general á su propio hermano; fué *espíritu fuerte* y al mismo tiempo dió crédito á los milagros del obispo de Osmá, enemigo de los Jesuitas; destruyó el poder de estos y el de los nobles, pero lo sustituyó con el despotismo ministerial; confiscó sus bienes, pero fué para enriquecerse y enriquecer á los suyos, entre quienes repartió con profusion títulos, empleos y honores.

Así fundó un poder ilimitado que debia convertirse en tiranía. Ya con rigor oriental habia condenado *ipso facto* á la horca á los que robaron en el desastre de Lisboa; pero no raras veces solia ahorcar tambien con los ladrones á los que se lamentaban de miserias que no sabia reparar, y dicen que un día envió hasta cien personas al suplicio despues de un juicio sumarisimo. Daba 20,000 cruzados al que denunciase á un ciudadano que hubiese denigrado los actos públicos ó satirizado á personas empleadas en el ministerio; así hizo delito de lesa majestad toda resistencia á la voluntad del soberano, esto es, á la suya; y concluía las órdenes siempre con esta frase: *no obstante cualquier ley en contrario*. Pedro Antonio Correa Garçao, llamado el Horacio portugues, redactor de la *Gaceta*, por haber dicho ciertas verdades fué encarcelado y se le dejó morir en la prision; y habiendo publicado el obispo de Coimbra una pastoral contra los malos libros que se dejaban circular, especialmente la *Doncella de Orleans*, Pombal lo hizo encarcelar en un subterráneo.

La riqueza del Portugal continuaba siendo el Brasil, que desde que se sustrajo de la dominacion holandesa, se restableció con la industria. En el distrito de San Pablo, próximo á las posesiones españolas del Paraguay, segun se ha dicho (1), se habia establecido una mezcla de Brasileños y de desterrados europeos, canalla temeraria y pendenciera, á los que llamaron *Mamelucos* por su semejanza con los de Egipto. Se arriesgaban principalmente en el tráfico de los esclavos, aborrecian á los misioneros, los cuales, introduciendo la religion cristiana, indirectamente preparaban la destruccion de la trata. Saqueaban, pues, sus parroquias, y habiéndoles amenazado Urbano VII con excomu-

Brasil.

(1) Tomo IV, pág. 759

nion, ellos expulsaron á los Jesuitas de su ciudad, y esparcian la voz entre los salvajes de que no habia diferencia entre la religion cristiana y la creencia en los adivinos brasileños. Despues nombraron un papa, sacerdotes y obispos que celebraban misas y oficios y confesaban, y escribian figuras extrañas é imitaban los gestos convulsivos de los adivinos; lo cual agradaba á los indígenas y los distraía del Cristianismo, confundiéndolo con los ritos de su patria.

La colonia, compuesta al principio de pocas familias, se aumentó hasta contar veinte mil personas fuera de los esclavos, y declarándose libre, confiando en la fuerza bruta, comenzó á devastar los territorios cristianos del Paraguay, riéndose de las amenazas de Madrid y de Roma, hasta que la primera de estas córtes permitió á sus colonos usar armas de fuego, y así reprimió la osadía de los Paulistas. Estos entónces dirigieron su actividad á la busca del oro, que hasta aquella época no habia sido recogido sino entre las arenas que arrastraban las aguas, y obligaron á cada Negro á que llevase á su amo todas las noches un octavo de onza de aquel metal. Poco despues de proclamada la independencia descubrieron la riquísima mina de Jaragua; pero los tesoros de esta no bastaban para saciar la codicia de los Paulistas, que por todas partes buscaban metales. En efecto, habiendo penetrado algunos hasta cien leguas en lo interior de un país de difícil acceso, poblado de tribus belicosas de salvajes, descubrieron las minas de Sabara, y otros se internaron entre las montañas auríferas, donde fundaron á Villa Rica (1690), que veinte años despues de construida, tenia fama de ser la ciudad mas opulenta del mundo. Acudió á poblarla multitud de gente; pero los primeros ocupantes pretendieron dictar leyes y condiciones á los nuevos, de donde se originó una guerra en que sucumbieron los Paulistas.

607.

1683.

Poco tardó Don Pedro, regente de Portugal, en pretender parte de estas pingües excavaciones, y envió á Antonio de Alburquerque como gobernador del distrito de las minas. Con las fuerzas organizadas y con su habilidad logró despues el mismo regente someter á las dos facciones, y fundó una ciudad regular, que fué la de Río Janéiro, dando reglamentos que prefijaban la manera de trabajar las minas y de distribuir el producto entre el Estado y los colonos.

Pero cuando á la muerte de Alfonso VI subió al trono Don Pedro, faltó á los tratados convenidos con Francia en la guerra de Sacion, uniéndose con Inglaterra, y lo mismo hizo Juan V. Los armadores franceses quisieron castigar estas faltas molestando su comercio, y el capitán Duclerc trató de sorprender á Río Janéiro. Escaso de tropas, fué rechazado y tuvo que capitular, y por último fué muerto con muchos de sus compañeros en el momento en que deponian las armas. Duguay-Trouin para vengarse fué á bombardear á Río Janéiro, que

1711.

abandonada por la guarnicion, escapó de la ruina mediante el pago de seiscientos mil cruzados: si á esto se añade las mercancías que fueron robadas, cinco buques de guerra y mas de treinta mercantes que se tomaron ó quemaron, se verá que no hay exageracion en estimar el daño causado en mas de veintisiete millones. Hecha la paz se repuso Río Janéiro y se hizo el depósito de los productos de las minas. Trataron de alzar de nuevo la cabeza los Paulistas, y Villa Rica prosperó tanto que el quinto del oro que se daba á la corona pasaba cada año de 12.000.000 de francos. Los Paulistas, activos para buscar el oro en otros puntos, descubrieron á orillas del Cármen las minas de Mariana y luego las de Cujaba y Goyaz, de suerte que desde el año de 1730 al de 1750, la corona recibió por la parte que le correspondia veinticinco millones de francos al año, esto sin contar lo que por causa del gran fraude que se hacia dejaba de percibir. Como si esto no bastase, se descubrió entónces una mina de diamantes, la mas rica de las conocidas.

Estaba, pues, floreciente el Brasil y enriquecia el comercio, aunque no el de Portugal, sino el de Inglaterra, pues que el tratado de Methuen prescribia que esta nacion fuese la que suministrase á los Portugueses no solo las manufacturas, sino tambien los granos, los pescados salados, los paños, cueros, cambiándolos por el vino del país, y el oro brasileño. Pombal quiso disminuir este despotismo de la Inglaterra, pero no se atrevió á libertar de él á su país. Á fin de que aquella no agotase todo el oro brasileño con el monopolio universal en Portugal, prohibió toda extraccion de oro, y ordenó que la actividad del comercio británico se limitase á las mercancías. Con esto se ocasionaron continuas visitas á los almacenes y libros de caja, y tales vejaciones aumentaron los lamentos, y por último, el gabinete de Lóndres intimó á Pombal que revocase aquella orden tan mezquina como imprudente.

Pombal creyó que prosperarian las manufacturas indígenas imponiendo el cuatro por ciento sobre toda clase de mercancía extranjera á pretexto de reedificar las aduanas destruidas. Concedió el privilegio de comercio con las Indias y con la China á una compañía, siendo el que en realidad ejercia el monopolio Feliciano Velho de Oldemburgo, á medias con el rey y el ministro. Otra compañía obtuvo el privilegio de la trata de Negros y Pombal era el principal de ella. Para quitar á los Ingleses el monopolio de los vinos de Oporto, obligó á los propietarios á que lo vendiesen á un precio determinado á una *Sociedad de vinos*, de la cual se hizo nombrar protector con enorme sueldo. Fué tal el descontento que ocasionó esta medida que en Oporto hubo un levantamiento; Pombal le reprimió con sangre, privó á la ciudad de todo privilegio y la cargó de impuestos, envió á la horca diez y ocho ciudadanos, veintiseis á galeras, desterró noventa y nueve, otros muchos

1713.

1751.

emigraron y algunos arrancaban las vides antes que cultivarlas para los demas.

Mas digna de elogio es su conducta por haber abierto el canal de Ociras, el único de Portugal, y por haber mitigado la suerte de los deudores insolventes. Introdujo en el Brasil plantaciones de azúcar, algodón, arroz, añil, café y cacao. Sus detractores le ridiculizaron porque mandó edificar vastos almacenes en Lisboa para depositar el algodón, del cual se enviaron en 1772 diez libras como ensayo; pero en 1806 ascendian ya de ciento treinta á ciento cuarenta mil balas de cuatro arrobas cada una, y aquellos almacenes no bastaban para el café, el azúcar y el añil del Brasil. Perdida la esperanza de hallar los tesoros de los Jesuitas en el Paraguay, Pombal trató de anular la cesion de la isla del Sacramento, y se negó á adherirse al pacto de familia de los Borbones. De aquí provino la guerra con Francia y España, cuyo único resultado fué el haber formado Portugal un ejército por obra del conde de La Lippe-Buckeburg, el cual venció la repugnancia de los Portugueses á las armas, aunque no tanto que no fuese necesario acudir al alistamiento de extranjeros.

José estaba en tan estrecha dependencia que los cortesanos decian: *Vamos á buscar al rey á la jaula*. Despues de haber perdido el habla de resultas de un ataque apoplético, murió en 1777 sucediéndole su hija María, casada con Pedro III. En breve se levantó el grito de los pueblos y de los presos de Estado contra Pombal, y aunque hizo aparecer en la caja del rey cuarenta y ocho millones de cruzados y treinta en la de los diezmos, fué despedido con honores y sueldo: cerróse el tribunal de Sospechosos, volviéndose á abrir el de la Nunciatura, se abolió la tasa de la sal y se firmó la alianza con España. Los ochocientos presos que habian salido de las cárceles del Estado presentaban continuas reclamaciones, de modo que hubo de instruirse proceso contra Pombal, el cual tuvo que hacer muchas restituciones y que defenderse de furiosas invectivas. Habiéndose vuelto á ver la causa de los pretendidos regicidas, se declaró que quince de sus diez y ocho jueces los habian declarado inocentes, por lo cual fueron reintegrados en sus cargos y en su buena opinion; al paso que por unanimidad se consideró á Pombal digno de un ejemplar castigo. Pero Pombal podia responder á todas las acusaciones *asi lo quiso el rey*, y por esto la reina le libertó de toda pena afflictiva y le dejó los bienes adquiridos, que le rendian anualmente trescientos mil francos, desterrándolo á veinte leguas de la corte. Pombal murió poco despues. Cuéntase que los descubrimientos hechos en aquellos procesos aumentaron la habitual hipocondría de la reina hasta el punto de imposibilitarla para el gobierno, y que hasta su muerte (1816) firmó por ella Don Juan, príncipe del Brasil.

María I.

1781.

CAPÍTULO XXVI

Estados Generales.

La Holanda conservaba el amor á la patria y la adhesion á los antiguos usos. Los gravísimos impuestos sobre las tierras, los contratos, el lujo, los consumos, miéntras inducian á vivir arreglada y económicamente, estimulaban la industria, y cada ciudad se dedicaba á un ramo particular de comercio ó fabricacion. Los Holandeses, dueños de las sedas de Persia y de las drogas del Asia, vestian de lana y comian pescado y frutas: la limpieza y las flores eran el único adorno de sus casas, y al mismo tiempo no perdonaban gastos en materias de beneficencia ó instruccion públicas. La imprenta era en su país completamente libre.

En otro lado hemos expuesto nuestra opinion acerca de su libertad (1). El haber subido uno de sus ciudadanos al trono de la Gran Bretaña los envolvió de grado ó por fuerza en todos los movimientos europeos, y aun en aquellos en que no tenian intereses que defender. Su oro fué el auxiliar mas poderoso de Austria en la guerra de Sucesion: sin embargo, la paz fué desventajosa para Holanda y le permitió ver cuánto se habia despoblado y empobrecido. La adquisicion que hicieron de fortalezas de guerra (1747), no les ocasionó mas que graves gastos y nuevas guerras, y las que tuvieron contra Francia, mal dirigidas, produjeron una revolucion interior.

La casa de Orange, aunque desde el principio del siglo habia cesado de estar á la cabeza del gobierno, no dejaba de bullir y de tener grande intervencion en las cosas públicas. Sus muchos partidarios comenzaron á murmurar que se queria sacrificar el ejército de tierra á la marina, y reunidos ambos en Terweere, ciudad que permanecia independiente, obligaron al burgomaestre á proponer por estatúder y capitán general al príncipe de Orange. Aprobado el partido por la ciudad se hizo la proposicion á los Estados de la provincia, y en breve Guillermo IV, sostenido por tropas austríacas é inglesas, fué proclamado *stathouder general*, cargo hereditario aun para las mujeres, y al cual se unió el de gobernador de las Indias Orientales. Guillermo, príncipe virtuoso, favoreció las manufacturas y el comercio, alma de su país, sin descuidar las ciencias y las artes, como docto que era tambien. Generoso y tolerante, tuvo gran poder porque era amado; sin embargo, poco lo disfrutó.

Guillermo V, su hijo, de tres años, le sucedió bajo la tutela de la viuda Ana, hija de Jorge II de Inglaterra. Auxiliada esta por el duque Luis Ernesto de Brunswick, feldmariscal de la república, continuó las reformas comenzadas por su marido, se mantuvo neutral en las torpes

Guillermo IV.
1747.
Abril.Guillermo V.
22 de octubre.

(1) Tomo V, lib. XV, capítulo 23.